

LA NOVELA
TEATRAL

La ocasión la pintan calva
luguete cómico en un acto
Ramos Carrión y Vital Aza

CARLOS RUFART

10 ots.

July
1919

JT - F 2848



Director: JOSÉ DE URQUIA

Para que el lector juzgue la importancia de **La novela TEATRAL**, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización ya nos ha sido oficialmente otorgada.

GALDÓS.—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad. - 82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

BENAVENTE.—9. Todos somos unos. - 102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

QUINTERO.—86. Doña Clarines. - 71. El patio. - 75. La escondida senda. - 88. El niño prodigio. -**Pepita Reyes.

GUIMERA.—113. María Rosa. - 114. Tierra baja.

LINARES RIVAS.—16. El Cardenal.-99. La Cizaña.- 101. Bodas de plata.

MARTINEZ SIERRA.—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—*Un drama nuevo. *La bola de nieve. - *Lances de honor. - *La locura de amor. - *Lo positivo. - *Virginia.

DICENTA.—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer. - 60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora. - 92. Luciano.-**Juan José.

ZORRILLA.—*El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.- 131. Sancho García. - El puñal del Godo. - *La mejor razón la espada.

VILLAESPESA.— 10. El rey Galaor. - 23. Aber-Humeya. - 37. Doña María de Padilla. - 65. La leona de Castilla. - *El Halconero.

MARQUINA.—*En Flandes se ha puesto el sol. - *Doña María la Brava. - *El Retablo de Agrelano. - *Los hijos del Cid. - *El Rey Trovador.

RAMOS CARRIÓN.— 84. El noveno mandamiento. - 86. La Tempestad. - 95. La Bruja. - *La muela del juicio. - 104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant. - *Mi cara mitad.-123. Los señoritos. - *La criatura.

VITAL AZA.— 32. Francfort. - 33. La Retórica. - 36. Ciencias exactas.-39. La Pravia-

na.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.- 63. La sala de armas. - *Las codornices. - *El sueño dorado.-125. El matrimonio íterino. - *Llovido del cielo. - *El señor cura. - *El sombrero de copa. - *Con la música a otra parte. - *El afinador. - *Perecito.

RAMOS CARRIÓN - VITAL AZA.—*El señor Gobernador. - 119. Zaragoza. - *Robo en desplorado. - *El padrón municipal.-110 El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.- 118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel).— 44. La viejecita. - 59. Gigantes y cabezudos. - 76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo. - *La Credencial. - *Los Hugonotes.-120. Entre parientes.

ARNICHÉS.—2. La sobrina del cura. - 11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Dolores. - 21. La señorita de Trevelles.- 43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

ARNICHÉS - GARCÍA ALVAREZ.— 15. Alma de Dios. - 17. El pobre Valbuena. - 70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.- 83. El método Górritz. - 87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

GARCÍA ALVAREZ - MUÑOZ SECA.— 8. El verdugo de Sevilla. - 12. Fúcar XXI. - 34. La frescura de Lafuente. - 51. El último Bravo. - 56. Los cuatro Robinsones. - 64. Pastor y Borrego.

PASO - ABATI.—13. El río de oro.-40. El gran tañero.-116. La Divina Providencia. - *El infierno. - *Los perros de presa. - *El Paraíso. - *La mar salada. - *La bendición de Dios. - *El asombro de Damasco. - *El tren rápido. - *El velón de Lucena. - *Nieves de la Sierra. - *La alegría del vivir.

PERRIN - PALACIOS.—74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana. - 81. Pedro Gimenez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.- 109. El Húsar de la Guardia.-*Enseñanza libre.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidiosos.-5. Las cacaúas.-7. Charito la Samaritana.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-28. La Gloconda.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina. - 42. Genio y figura. - 47. Petit-Café. - 48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá. - 57. Los gemelos.-73. Trampa y cartón.-111. El octavo, no mentir. - 98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-108. La tía de Carlos. - *La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-*El crimen de la calle de Leganitos.-*La señorita del almacén.-117. El obscuro dominio. - **El umbral del drama. - 126. Lo que ha de ser.-*El Revisor. - *La ciclón.-*La pesca del millón. - *Papá Lebonnard.-*Jettatore. - *El amor vela.-*Jarabe de pico.-*El señor Duque.-*El Gobernador de Urbequieta.

ZARZUELAS

22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-94. El padrino de *El Nene.-96. El señor Joaquín.-*Cinematógrafo Nacional. - *Certamen Nacional. - *Cuadros disolventes.-*La tierra del Sol.-*Las mujeres de Don Juan.-*El País de las Hadras.

(*) Las obras señaladas con un asterisco serán en breve publicadas, y las señaladas con dos, ya lo han sido, en los números 1, 31, 40, 17 y 7 de LA NOVELA CORTA.

1. 99501
2. 71717613

2. 161708



La ocasión la pintan calva

JUQUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA, ORIGINAL DE

RAMOS CARRION Y VITAL AZA

PERSONAJES

REMEDIOS.-DOÑA PAQUITA.-JOAQUIN.-UN PELUQUERO.-UN CRIADO

La acción en Madrid.-Epoca, actual.

ACTO UNICO

ESCENA PRIMERA

Gabinete elegante con puertas laterales y al foro. Algunos cuadros y entre ellos un retrato de caballero. Velador sobre el cual habrá un neceser de afeitarse.

Joaquín solo, que se pasea impaciente.

Pues señor, bien; las diez y media y ese hombre no viene. ¡Esto acaba con la paciencia de un santo! Hoy lo despido: diga lo que quiera, lo despido. ¡No parece sino que no hay más peluqueros en Madrid! ¿Qué necesidad tengo yo de estarle esperando dos horas todos los días? ¿Haré que avisen a otro? Este tiene la mano ligera; afeita de un modo admirable; su navaja se desliza con suavidad y descañona de una manera inconcebible. Esta es la verdad. Y luego, no habla; un peluquero que no habla es un verdadero prodigio. Despedirlo y ponerme en ma-

nos de otro que sea un charlatán o que tenga la mano dura y me haga ver las estrellas todas las mañanas... Porque como el que me afeita dice siempre que mi barba es de las de «remolino...» ¡Mire usted que tener la barba de remolino es mucho cuento! ¡Un pelo para aquí y otro para allá!... ¡Poquitos, pero mal avenida! Las diez y treinta y cuatro. ¡Esto ya no se puede aguantar! El ministro va al despacho a las diez... ¡Ahora madrugan tanto los ministros!...—¡Si otro! se adelanta y me quita la plaza me he divertido! Adiós la sorpresa que guardo a mi mujer cita...—¡Y poco contenta que se va a poner cuando sepa que vamos agregados a la embajada de París! Es decir, ella no va agregada, quien va agregado soy yo, y ella va agregada a mí... ¡Pero cómo me presento al ministro con estas barbas que pinchan! El no va a pasarme la mano por la cara, pero lo cierto es que pinchan.—Vaya, no aguanto más... (Toca el timbre.) Voy a afeitarme a cualquier peluquería.

CRIADO.—(Saliedo por el fondo.) ¿Qué manda usted?

JOAQ.—Cuando venga el peluquero le dices...

CRIADO.—Aquí está, señorito.

JOAQ.—¡Ah! ¿Está ahí? ¡Que pase!

ESCENA II

Dichos, el Peluquero por el foro,

PEL.—Muy buenos días; servidor de usted.

JOAQ.—(¡Es otro!)

PEL.—Vengo a sustituir a mi compañero Felipe, que se encuentra desde ayer atacado de una fuerte neuralgia dentaria, vulgo dolor de muelas.

JOAQ.—(¡Qué tipo!)

PEL.—Espero que no quedará usted descontento de mis servicios. (Deja sobre el velador una caja de cartón que trae en la mano.)

JOAQ.—Bueno, pues despache usted, que tengo prisa.

PEL.—En seguida.—Chico, el agua caliente, los paños, el jabón, la brocha, etcetera, etc... (Al criado, que se va.) No se moleste usted, tome usted asiento.

JOAQ.—Gracias. (Sentándose y riendo.)

PEL.—¿Tiene usted navajas o desea que le afeite con las mías?

JOAQ.—¡Pché! Es lo mismo, con tal que despache usted pronto.

PEL.—En ese caso con las mías. (Saca del estuche dos navajas. Mientras pasa una por la correa mira un cuadro.) ¡Son un par de navajas de primer orden, premiadas en la Exposición Universal de París!—Precioso cuadro! ¡Precioso! Tiene usted una habitación amueblada con muchísimo gusto.

CRIA.—(Saliedo.) Aquí está todo. (Trayendo lo que le han pedido.)

PEL.—Perfectamente. ¡Ajajá! El paño... (Se lo pone a Joaquín.) ¡Magnífico pelo tiene usted! ¡Seda... pura seda!... ¡Se ve que emplea usted mucho el agua fría! ¡Hace usted bien! ¡Ese es mi sistema! El agua fría fortalece el cabello. ¿Y la barba? ¡Vaya un nacimiento de barba!

JOAQ.—Mala, ¿eh?

PEL.—¿Cómo mala? ¡No, señor! ¡No, señor! ¡Es magnífica! ¡Lástima que no se la deje usted! ¡Pero bien hace en no dejársela! Le favorece a usted el bigote solo. Y cuidado que la barba de usted es de las más correctas.

JOAQ.—Pues su compañero de usted dice que la tengo de remolino.

PEL.—¡Qué sabe mi compañero! ¡Es un ignorante! ¡Un rutinario! ¡Un empírico! Desconoce los principios fundamentales de nuestra facultad. ¡Porque advierto a usted que está hablando con un hombre científico!

JOAQ.—¡No, el que está hablando es usted! Y le suplico que, si es posible, hable menos y afeite más.

PEL.—¡Tiene usted razón, sí, señor! No me gusta ser pesado. Precisamente me distingo por la ligereza... ¡Hombre! (Dándole jabón.) ¡Precioso retrato! ¿Será de algún individuo de la familia? ¡Sí! ¡De seguro! ¡En los ojos se parecen ustedes muchísimo! (Le da jabón en los ojos.)

JOAQ.—¡Hombre, por Dios!

PEL.—¡Ah! usted perdone—. Pues sí, señor. Como íbamos diciendo, yo soy un peluquero científico—. ¿Usted dirá que por qué me llamo científico?

JOAQ.—¡Yo no digo nada!

PEL.—¡Bueno, lo pensará usted! ¡Pues yo voy a satisfacer su curiosidad!... ¡Es una historia muy largal

JOAQ.—(¡Es insufrible!)

PEL.—¡Muy larga, sí, señor!

JOAQ.—¡Lo que me parece que va siendo demasiado larga es la jabonadura!

PEL.—¡Ah! ¡No lo crea usted, no señor! Ese es mi sistema. Es preciso que los jugos crasos del jabón penetren en todos los poros de los tejidos musculares. Ya ve usted: esto no lo saben los que no han estudiado como yo un año de anatomía. Usted dirá que no es precisa la anatomía para ser peluquero... ¡Error! ¡Se equivoca usted! No sólo es precisa, sino indispensable. Porque figúrese usted que un caballero va a una peluquería y pide que le bajen un poquito la línea de la barba. ¡Bueno! Pues lo que hace un dependiente cualquiera es ¡zís! ¡zás! (Dándole en la cara con el mango de la navaja.)

JOAQ.—¡Pero, hombre!

PEL.—¡Descuide usted!—¿Y qué resulta? ¡Que unas veces más alta, otras más baja, nunca tiene la línea los límites que debiera tener! Porque todo tiene sus límites.

JOAQ.—¡Sí, señor, hasta la paciencia!

PEL.—Perdone usted, es preciso que los jugos crasos del jabón...

JOAQ.—¡Sí!... ¡Ya estoy!...

PEL.—Pues bien; los verdaderos límites anatómicos son los siguientes: (Ma

cándolo con el lomo de la navaja en la cara y el cuello de Joaquín.) Borde anterior del músculo masétero, parte anterior y superior del buccinador y risorio de Santorini, hasta llegar al orbicular de los labios, de suerte que las dos líneas al reunirse en el mentón, tracen un ángulo menos agudo que el formado por los dos músculos externo-cléido-mastoideos.

JOAQ.—¡Esto ya es demasiado! (Encarándose con él.)

PEL.—¡Sí! Ciertamente que es demasiado saber para un peluquero; pero ¿qué quiere usted?

JOAQ.—¿Qué he de querer, hombre? ¡que acabe de una vez!

PEL.—En seguida. Ya verá usted qué artísticamente le afeito. Porque yo, además de científico por mis estudios, soy artista por naturaleza; por eso me he dado a la peluquería. Ningún arte como este para el embellecimiento de la persona. Una cabeza vulgar (Cogiendo la de Joaquín.) en manos de un buen peluquero adquiere en un momento las correctas e inspiradas líneas de la belleza. (Sigua afeitándole.)

JOAQ.—¡Ay!

PEL.—¿Qué es eso?

JOAQ.—Que me ha cortado usted,

PEL.—No, no ha sido cortadura, usted dispense. Ha sido una ligerísima inclinación producida por el filo de la navaja al tropezar con una de esas pequeñas elevaciones de la epidermis, conocidas entre la gente de ciencia con el nombre de acné rosácias, vulgo espinillas.

JOAQ.—Quedo convencido y cortado. Siga usted.

PEL.—Pues íbamos diciendo que las bellas artes son hermanas. La peluquería y la música son gemelas. De la unión de ambas ha resultado una de las más hermosas creaciones del arte musical: «El barbero de Sevilla». ¿Usted conocerá «El barbero de Sevilla»?

JOAQ.—Sí, señor. Y otros barberos, desgraciadamente.

PEL.—¡Bellísima ópera! Yo sin embargo, prefiero «Favorita»! ¡La «favorita» cantada por Gayarre! ¡Ah! ¡qué delicia! ¡qué delicia! Aquello de... (Cantando accioma con la navaja en la mano derecha), mientras con la izquierda echa atrás extremadamente la cabeza de Joaquín.) «Spirto gentil», etc.

JOAQ.—Pero hombre...

PEL.—Usted dispense. Recordando a Gayarre me entusiasmo. Con qué placer le afeitaría yo. Pero le ha dado por dejarse la barba. Es una lamentable costumbre que tienen todos los tenores de ópera. Yo he conocido muchos, porque voy continuamente al Teatro Real, mejor dicho, iba los años anteriores en que el paraíso costaba cuatro barbas. Hoy como cuesta seis, me he abonado a segundo turno, es decir, voy un día sí y otro no.

JOAQ.—(Es insoportable.)

PEL.—¿Quiere usted que le apure un poco más?

JOAQ.—No, señor. Ya me ha apurado usted bastante.

PEL.—¡Bueno! Enjúguese usted. Pasemos al peinado.

JOAQ.—No, muchas gracias. Me peino solo.

PEL.—Como usted guste. Está usted servido. He tenido mucho gusto en conocerle. Siempre que desee usted utilizar mis servicios, puede hacerlo con entera confianza. Peluquero facultativo, manejo el bisturí como la navaja.

JOAQ.—Y la navaja como el bisturí. (Restañándose la sangre de la cortadura.) Vaya usted con Dios.

PEL.—Servidor de usted. Beso a usted la mano. Siempre a sus órdenes Cabeza, tres, principal, Narciso Tirabuzón; peluquero y casi cirujano. (Vase foro.)

ESCENA III

Joaquín y luego Remedios

JOAQ.—¡Jesús! Que calamidad. (Peinándose.) Las once menos diez. (Remear por la puerta del foro izquierda, se acerca de puntillas sin que Joaquín le vea.) ¡Me fastidiado ese hombre. Sabe Dios si llegaré o tiempo. (Sigue peinándose.)

REM.—¡Coquetón! (Gritando.)

JOAQ.—¡Ay! ¡Ah! ¿Eres tú?

REM.—¿Te has asustado?

JOAQ.—¡Claro! Como te has presentado tan de improviso.

REM.—En cambio, del susto voy a peinarte yo... Ven acá, ven acá.

JOAQ.—No, hija, no; tengo mucha prisa.

REM.—¿A dónde vas?

JOAQ.—A... a... (¿A dónde la diré yo?) Pues a casa de Pepe Noguerras... que me está esperando.

REM.—Pero, hombre, si Noguerras se marchó a Granada hace dos días.

JOAQ.—¿Sí? Pues entonces tengo que ir... a otra parte.

AEM.—¿A dónde?

JOAQ.—Después lo sabrás. (Quitándose el batín y vistiéndose.)

REM.—¿A qué viene ese misterio?

JOAQ.—(Cariñosamente.) La mujer no debe preguntar nunca a su marido a dónde va ni de dónde viene. ¡Es preciso que te vayas acostumbrando a estas cosas!

REM.—Bueno; me acostumbraré.

JOAQ.—Vaya, hasta luego... (Muy cariñoso.) ¡Vida mía, hasta luego!

REM.—Oye, Joaquín; no me atrevo a hacerte una pregunta.

JOAQ.—¿Qué?

REM.—¿Vendrás a almorzar?

JOAQ.—Sí, mujer, ¿no he de venir? ¡Como todos los días! ¿Había de dejarte sola? ¡No faltaba más! Si salgo es porque me esperan, si no no saldría. Vaya, adiós y hasta luego. ¡Benito, el sombrero! (Vase foro.)

ESCENA IV

Remedios, y luego doña Paquita.

REM.—¿A dónde irá a estas horas y con tanta prisa? ¡Bah! A algún negocio de importancia. Estos hombres dan una importancia a los negocios... Y la verdad es que no me gusta quedarme sola... Acostumbrada a vivir con mamá, a estar acompañada siempre... Pero no hay más remedio; soy una señora casada, y las señoras casadas tienen que quedarse solas muchas veces.

PAQ.—(Dentro.) No importa; soy de confianza.

REM.—¿Eh?

PAQ.—Yo no soy de cumplido.

REM.—¡Paquita!...

PAQ.—Buenos días, Remedios. No me dejaban pasar aquí por ser la habitación de tu marido. ¡Figúrate! Como si a mí me asustara el entrar en la habitación de un hombre.

REM.—Usted puede disponer de esta casa como si fuese la suya.

PAQ.—Gracias. (Se sientan.)

REM.—¿Y cómo a estas horas?

PAQ.—Esta es la ventaja de vivir en frente. Indalecio tiene hoy vista en el Supremo, y como yo no sé estar sola, porque me aburro, dije: voy a hacer una visita a Remedios.

REM.—Cuánto la agradezco...

PAQ.—Conque qué tal, vamos a ver, ¿que tal te va en tu nuevo estado de casada?

REM.—Muy bien; ¡estoy contentísima! ¿Y usted?

PAQ.—No me sientan mal las segundas nupcias.

REM.—Cierto que usted también se halla en la luna de miel.

PAQ.—Hija, hay alguna diferencia. La miel de tu luna es de la Alcarria: la mía es ya de cualquier parte.

REM.—¡Siempre tan alegre!

PAQ.—¿Qué quieres? Yo no me hago ilusiones. Cuando me casé con mi primer esposo... ¡pobre Angelito!—se llamaba Angel—estaba perdidamente enamorada; pero lo que es ahora... Ya no está una para esos trotes. Me casé con Indalecio por lo que nos casamos las viejas, por egoísmo. ¡Y no estoy descontenta! ¡Me ha salido muy bueno! Hace siempre lo que se me antoja; y eso que, dada su posición social, no debiera dejarse dominar fácilmente: ¡ya ves, todo un señor magistrado! ¡Pero hija, cuando una mujer se empeña, es capaz de meter en un puño, no digo a un magistrado, a todo el Tribunal Supremo!

REM.—¡Qué cosas tiene usted!

PAQ.—Tú eres aún muy joven; pero ya te convencerás. ¡A los maridos hay que tratarlos así, con imperio! Es el modo que no descarrilen. Y cuidado que mi marido es de los que toman por lo serio la Magistratura. Ni en casa se quita el birrete, y hasta para dormir he tenido que hacerle uno de punto de crochet.

REM.—¡Señoral! ¡Estará bonito! (Riéndose.)

PAQ.—No; lo que es de bonito le ha tocado poco al infeliz. ¡Pues nada! Con sus humos y todo lo tengo más suave que un guante. (Transición.) Oye, ¿a dónde iba Joaquín tan de prisa que por poco me atropella en la escalera?

REM.—No lo sé; me ha dicho que tenía que hacer...

PAQ.—Algún negocio, ¿eh?

REM.—Eso sería; no ha querido decirme a dónde iba.

PAQ.—¿No ha querido decírtelo?

REM.—No.

PAQ.—¿Y te quedas tan fresca?

REM.—Pues es claro.

PAQ.—Empiezas mal. Si en los primeros meses de matrimonio te acostumbras a ir y venir sin decirte una palabra, figúrate tú lo que sucederá luego.

REM.—Si se lo he preguntado; pero me contestó que la mujer no debe preguntar nunca a su marido a dónde va ni de dónde viene.

PAQ.—Y tiene razón; no debe preguntárselo, porque debe decirselo él sin que se lo pregunten.

REM.—Pero figúrese usted que se trate de un asunto que tenga interés en ocultar...

PAQ.—Un buen marido no debe ocultar nada a su mujer. Sigue los consejos que te da una veterana del matrimonio. Sobre todo, no te fies de los negocios. Un negocio es siempre el pretexto del marido que se extravía. Mi difunto, que era un bendito de Dios, se metió en un negocio de minas que le tenía ocupado todo el día y gran parte de la noche, hasta que averigulé que el tal negocio minero era una señora que vivía en la calle de las Minas. Afortunadamente descubrí pronto el filón y le hice pagar caros los dividendos.

REM.—Me pone usted en cuidado.

PAQ.—No, no es decirte que Joaquín se dedique a negocios... mineros. A los dos meses de casado no tendría perdón de Dios.

REM.—Ni después tampoco.]

PAQ.—Después tampoco lo tendría, pero... En fin, tú eres muy niña y no entiendes estas cosas, y yo estoy en el deber de aconsejarte, porque te he visto nacer y he sido la mejor amiga de tu madre y de tu padre y un tío tuyo estuvo para casarse conmigo.

REM.—Yo agradezco a usted mucho su atención; pero felizmente estoy bien segura del cariño de Joaquín.

PAQ.—Ni yo quiero que dudes un momento. Tu marido te quiere mucho y es hombre formal y de excelentes condiciones. Pero puede ser un hombre el mejor de los esposos y los amigos echarlo a perder. ¿Qué clase de amigos tiene tu marido?

REM.—Intimo, ninguno.

PAQ.—Es una buena circunstancia, mi marido tampoco. Verdad es que Indalecio tiene cara de pocos amigos.

REM.—No por cierto, que es muy simpático.

PAQ.—Gracias por el favor. Y ¿a dónde vais por las noches?

REM.—Tenemos un turno en el Real y otro en la Comedia, y las noches que nos quedan libres vamos a casa de los de Lozano.

PAQ.—¿Y qué se hace allí?

REM.—Se canta, se baila...

PAQ.—¿Baila Joaquín?

REM.—¡Quiá! ¡No, señora! ¡Juega al tresillo!

PAQ.—¿Con quién?

REM.—Con el general Ramos.

PAQ.—Con ese no hay cuidado.

REM.—Y con la generala.

PAQ.—Con esa tampoco. Estará allí López. (Con intención.)

REM.—Y con Alcaraz.

PAQ.—¡Alcaraz! ¡Ah, sí! El marido de Carolina, aquella que estuvo para casarse con Joaquín hace tres años.

REM.—El mismo.

PAQ.—¿Y va ella también?

REM.—Pocas veces. Anoche estuvo.

PAQ.—¿Y se hablan ella y tu marido?

REM.—Se saludan... ¡Como aquellas relaciones acabaron de buena manera!... Y además, ella está ya casada y él también, no tiene nada de particular.

PAQ.—Sí, no tendrá nada de particular. Vaya, hija; yo tengo mis opiniones sobre los hombres y creo que la mujer casada debe estar siempre alerta, pero muy alerta. Ya ves que mi marido no está en edad de cometer infidelidades; pues a pesar de todo, no pasa día sin que yo registre minuciosamente su habitación y sus bolsillos.

REM.—¡Es posible!

PAQ.—Sí, hija mía, no me fío ni de los magistrados del Supremo. Conque adiós, me voy a almorzar a casa de mi hermano, porque Indalecio no volverá hasta que salga de la Audiencia.

REM.—Quédese usted a almorzar con nosotros y luego nos vamos a paseo en el coche.

PAQ.—Tienes razón. Voy a casa a avisar y estoy de vuelta al momento. ¡Hasta luego, hija mía! Memorias a Joaquín. ¡Ah! Cuando venga no dejes de preguntarle dónde ha ido. (Vase foro derecha.)

ESCENA V

Remedios sola. Se queda pensativa

REM.—¿Tendrá razón? ¿Será capaz Joaquín?... de ninguna manera. Es una sospecha sin fundamento y que no debo abrigar ni un instante. Sin embargo, esta señora, que tanto me quiere, ha parecido indicar que hay algo, que... Ella ha conducido la conversación hasta que me ha hecho hablar de esa mujer... ¡No es posible! Joaquín sólo guarda con ella las consideraciones naturales en sociedad... La otra noche se sentó a su lado... Sí; pero fué porque yo le dije que allí había un asiento... ¡Fuí yo! Pero a veces la fatalidad hace que una misma prepare involuntariamente las circunstancias... ¡No, no; todo esto es una tontería! Si apenas se han hablado... Yo lo he visto... No se cruzaron ni cuatro palabras... ¿Por qué se me estará ocurriendo este tejido de disparates? ¿No tengo la seguridad de su cariño? ¿No está siempre mirándose en mis ojos? (Riéndose.) ¡Qué tonta soy! No tengo perdón de Dios al haber dudado de él un momento. Diga doña Paquita lo que quiera, la confianza en el amor es la base de la felicidad, y yo tengo en Joaquín completa confianza... (Distraída ha cogido la caja que dejó sobre el velador el peluquero.) ¿Qué es esto? (La abre y saca un frasco, leyendo en la etiqueta.) «Aceite de bellotas con savia de coco ecuatorial.» ¿De quién será esto? (Sacando otro frasco.) «Pomada de quinina para fortalecer el cabello.» ¿Eh? ¡Y un bisoñé! Pero señor, ¿de quien es esto? ¡Porque el bisoñé no creo que sea suyo! No me lo hubiese ocultado si lo gastara... No tendría razón para ocultármelo... ¡Qué tontería! (Riendo.) ¡Pues no estoy suponiendo que!... (Poniéndose seria.) Sin embargo, a veces inocentemente se ocultan defectos a que se da una importancia que en realidad no tienen... Si cuando éramos novios no se atrevió a decírmelo por no desilusionarme, tal vez después de nuestra boda no se haya decidido a confesármelo por la misma razón. Bien puede ser esto. (Indicando repugnancia.) ¡Tendría gracia que fuese de cualquier otro y estuviera yo haciéndome todas estas reflexiones! ¿Pero de quién ha de ser sino suyo cuando está aquí? Como marchó precipitadamente se olvidó, sin duda, de guardar la caja... Por lo visto tiene un juego de bisoñés y lleva puesto el otro. ¡Ahora recuerdo perfectamente! Cuando entré de puntillas y le sorprendí peinándose se asustó. ¿Por qué se asustó? Y cuando le dije luego que me dejase peinarle se negó bruscamente. ¿Por qué se negó bruscamente? Sí, no hay duda, esto es suyo. ¡Ah, señor don Joaquín! ¿Conque esas tenemos? ¿Conque se da usted aceite de bellotas, usa usted bisoñé y oculta todo esto a su mu-

¡er? ¡Si pensará el muy tonto que al confesármelo había yo de quererle menos, cuando con bisoñé, y hasta con peluca, me parecería el hombre más hermoso de la tierra! Ya estoy deseando que llegue para presentarme delante de él con el peluquín y confundirlo. (Guarda en la caja el bisoñé y los frascos.) Pero, no, he de hacer que él me lo confiese, porque si le acostumbro a ocultarme cosas que no tienen ninguna importancia, ¿qué hará con las que la tengan? Y en esto dice bien doña Paquita: un buen marido no debe tener secretos para su mujer. ¿Eh? Creo que es él. Sí, ahí viene. (Se oculta.)

ESCENA VI

Dicha, Joaquín, que entra con el sombrero puesto y se sienta en un sillón, de mal talante.

JOAQ.—(¡Que me enviará por escrito la resolución! Este es un pretexto para no decir de palabra que no ha podido hacerlo!... ¡No ha podido!... ¡No ha querido! Como si en este país los ministros no hicieran todo lo que les da la gana.)

REM.—(Viene preocupado.) (Avanzando de puntillas.)

JOAQ.—(Pues señor, bien, me parece que por esta vez no vamos a París.)

REM.—(¡Voy a probar!) (Le tira el sombrero.)

JOAQ.—(Levantándose.) ¡Eh! Pero mujer, te has propuesto asustarme a cada momento.

REM.—¡Jesús, qué sustos tan atroces! (Mirándole fijamente a la cabeza, lo cual repetirá durante toda la escena.)

JOAQ.—Me has abollado el sombrero y me has despeinado.

REM.—(Si, el peinado, eso es lo que a ti te preocupa.) ¡Dispense usted, caballero, creí que podía tomarme esa libertad! Yo le arreglaré a usted el pelo.

JOAQ.—No, hija, no; me duele la cabeza.

REM.—¿Te duele? ¿Tienes calor? A ver, a ver...

JOAQ.—No, algo de resfriado... la humedad... el cambio de tiempo...

REM.—(¡El cambio de peluquín es lo que a ti te ha resfriado!) (Pausa. Se sienta después de mirarle con atención.) (Sí, se le conoce un poco por este lado.)

JOAQ.—(De pronto.) Oye, ¿irías con gusto a París?

REM.—¡Ya lo creo! Contigo a cualquier parte y a París mucho mejor.

JOAQ.—(Ya sabía yo que le había de gustar.)

REM.—¿Y por qué me preguntas eso?

JOAQ.—Por nada. (Queda pensativo.)

REM.—(Eso lo ha dicho por cambiar de conversación. Le dará pie para que

hable con franqueza.) A propósito de Paris, ¿sabes quién me dijo el otro día que iba a ir allá?

JOAQ.—¿Quién?

REM.—Don Plácido.

JOAQ.—No lo sabía: (Continúa distraído.)

REM.—¡Y qué agradable es el buen señor!... con aquella cara tan expresiva, tan risueña, y sobre todo aquella calva tan reluciente, tan limpia, tan sonrosada... Hay personas que no serían tan simpáticas si no estuvieran calvas. Y luego, que la falta de pelo indica talento: dicen que ningún tonto se queda calvo. (Está dudando si decírmelo o no.) (Joaquín, a quien se le ha caído el pañuelo que distraído tenía en la mano, se inclina para recogerlo. Remedios, siguiendo el mismo movimiento, le mira la cabeza con vivo interés. Al incorporarse Joaquín tropieza con ella.)

JOAQ.—¿Eh?

REM.—¡Ah!—Nada, nada.

JOAQ.—(Yo creo que me apoyará el subsecretario.)

REM.—(¡A ver si se decide!) Pues sí, la calva da respetabilidad al individuo. Al viejo le hace venerable, le da aspecto de patriarca o de apóstol; al joven le presta autoridad y carácter. ¡Cuántos han hecho su suerte por el talento que indica la falta de pelo! Yo sé de uno a quien sólo por ser calvo le nombraron gobernador de provincia. (¡No dice nada!)

JOAQ.—(¡No puedo creer que me engañe el ministro!)

REM.—(¡Qué lucha está sosteniendo! ¡Pero él ha de confesármelo o poco he de poder!) Hombre, haz el favor de prestar atención a lo que te digo.

JOAQ.—¿Qué decías?

REM.—¿Pero ahora salimos con que no me escuchabas?

JOAQ.—Sí, te oía; sí. ¿Qué estabas diciendo?

REM.—Estábamos hablando de los calvos.

JOAQ.—¡Ah! Sí, muy buenos actores, me gustan mucho.

REM.—¡No es eso, hombre, no es eso!... (¡Cómo rehuye la cuestión!)

JOAQ.—¿Pues qué es?

REM.—¡Los calvos de que hablábamos son las personas que han perdido el pelo! ¿Comprendes? ¡Las que han perdido el pelo! (Marcándolo mucho.)

JOAQ.—Ya comprendo, mujer, ya!

REM.—(No se inmuta por nada.) Pues bien, yo decía que eso no es un defecto, sino una ventaja muchas veces, y en fin, que hasta me alegraría de que tú fueses calvo. (Levantándose.)

JOAQ.—¡Qué barbaridad! (Idem.)

REM.—Te aseguro que no me importaría nada.

JOAQ.—Eso lo dices porque tengo buen pelo.

REM.—No señor. Los calvos me hacen mucha gracia.

JOAQ.—Ya lo creo que te hacen gracia. Por eso te reías tanto una noche en el teatro de la Zarzuela observando desde el palco las diez o doce lunas menguantes y crecientes que brillaban en las butacas.

REM.—(¿Por qué me habré reído? ¡Ahora ya no me lo confiesa.)

JOAQ.—Estoy impaciente, no puedo remediarlo. (Mirando el reloj.)

REM.—Qué, ¿vas a salir otra vez?

JOAQ.—Es muy posible.

REM.—¿Qué tienes?

JOAQ.—¡Nada!

REM.—No me lo niegues, estás preocupado.

JOAQ.—No lo creas.

REM.—Sé franco con tu mujercita que te quiere tanto. (Halagándole, haciéndole sentar a su lado.) ¿Qué te sucede? ¿Qué te pasa? ¿Te falta algo? (Mirándole a la cabeza con mucha intención.) ¡Confiésemelo!

JOAQ.—No seas tonta. Te digo que no me pasa nada.

REM.—Es que harías muy mal en ocultármelo, muy mal, porque yo quiero participar de tus alegrías y de tus pesares. (Como reparando más en la cabeza de Joaquín.) ¡Ay! ¡una cana! ¡Tienes una cana!

JOAQ.—¿Sí?

REM.—Sí, voy a quitártela.

JOAQ.—Déjala, que luego salen más.

REM.—No, te la voy a quitar, es un capricho.

JOAQ.—Te he dicho que me duele la cabeza.

REM.—(Cómo se resiste.) Si no te haré daño.

JOAQ.—Bueno, pero no tires fuerte. (Bajando la cabeza y poniéndose la mano sobre el cráneo.)

REM.—Descuida. Quita la mano. (¡Ahi está el misterio.) Ya verás, ya verás! (Ahora de un tirón se la arranco.) (Le coge un mechón y tira con fuerza.)

JOAQ.—¡Ay! ¡Pero mujer, qué torpeza!

REM.—(Qué sujeto lo tiene.)

JOAQ.—Me has hecho ver las estrellas.

REM.—Ven otra vez que no ha salido.

JOAQ.—¡Déjame en paz! Vaya un capricho ridículo.

REM.—¿Ridículo? Otras cosas hay más ridículas. Ya veo que no quieres complacerme ni en lo más insignificante.

JOAQ.—No quiero complacerte en tonterías.

REM.—El esposo que quiere a su mujer la complace en todo.

JOAQ.—¡Si irás ahora a dudar de mi cariño!

REM.—Sí señor que dudo.

JOAQ.—Estás hoy insopórtable.

REM.—¡Más insopórtable estás tú!

JOAQ.—¡Remedios! no tengamos un disgusto.

REM.—El disgusto ya lo tengo y bien grande!

JOAQ.—No seré yo quién te lo haya dado.

REM.—¡Tú, y sólo tú!

JOAQ.—¿Pero qué motivo hay para todo esto?

REM.—Hay motivo de sobra.

JOAQ.—Mire usted que reñir por una tontería semejante... Vamos, es cosa de tirarse de los pelos.

REM.—¡Tira! ¡tira! ¡tira!

JOAQ.—Eres una chiquilla sin fundamento. (Vase foro derecha.)

ESCENA VII

Remedios

¡Se va! ¡Me deja! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! El primer disgusto que hemos teuido. Tratar me con ese despego. Llamarme chiquilla sin fundamento. ¡Ay, Dios mío de mi alma! Bien decía mamá que en el matrimonio había disgustos muy grandes. (Llorando amargamente.)

ESCENA VIII

Dicha, doña Paquita por el foro.

PAQ.—¡Jesús! ¡Hija! Parece que estoy condenada a que tu esposo me atropelle en la escalera. ¿A dónde va tan de prisa?

REM.—(Llorando.) ¿Qué sé yo?

PAQ.—¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

REM.—(Llorando.) ¡Que soy muy desgraciada!

PAQ.—¡Ay, Dios mío de mi alma!

REM.—Acabo de tener con Joaquín el primer disgusto.

PAQ.—¿El primero y lleváis ya dos meses de matrimonio? Pues no puedes que-
tarte. Al mes y medio llevaba yo quince.

REM.—No sobreviviré al segundo.

PAQ.—Pero, ¿por qué ha sido?

REM.—Porque he descubierto una cosa.

PAQ.—¡Vamos! ¡Lo de Carolina! Ya me lo sospeché, pero no había querido decirte lo.

REM.—No, señora; no se trata de Carolina.

PAQ.—Bueno; se tratará de otra, es igual. ¡Desengáñate, hija: no puede una fiarse de los hombres, ni de las mujeres, porque si no hubiera ciertas mujeres, serían los hombres unos benditos de Dios!

REM.—(Sollozando.) ¡Ay!

PAQ.—¡Habrás descubierto alguna carta, algún retrato, pelo tal vez.

REM.—¡Pelo! ¡Sí, señora! ¡Pelo! (Va a coger la caja.)

PAQ.—Claro. Algún rizo rubio. ¿Será rubia? Las rubias son el demonio.

REM.—Mire usted lo que he descubierto. (El bisoñé.)

PAQ.—¡Pero hija! ¿Y esto es un recuerdo amoroso? (Cogiendo el bisoñé.)

REM.—Si no se trata de amores.

PAQ.—¿Pues de qué?

REM.—De que Joaquín usa eso.

PAQ.—¡Ay! (Devolviéndole con repugnancia el bisoñé que Remedios dejará sobre el velador.) Comprendo que te hayas disgustado. Tienes la misma manía que yo. ¿No te hacen gracia los calvos? Si por algo me gusta Indalecio es porque, a pesar de sus años, conserva el pelo tan negro y tan hermoso como si tuviera veinte.

REM.—Si a mí lo que menos me importa es que Joaquín no tenga pelo.

PAQ.—Entonces no comprendo por qué te afliges.

REM.—Porque me lo ha ocultado. Porque no ha sido franco conmigo. Porque no me lo ha dicho, a pesar de haberle dado ocasión para ello.

PAQ.—Hija mía, eso no puede quedar así. Es preciso que demuestres carácter, mucho carácter. Que sepas ocupar el puesto que te corresponde.

REM.—Yo no sé más que llorar.

PAQ.—Pues sabes bien poco. Con llorar no se consigue nada. Eso de que las lágrimas ablandan a los hombres, es una equivocación. Si no se les pudiera ablandar por otros medios, aviadas estábamos.

REM.—¡No lo puedo remediar; le quiero muchísimo!

PAQ.—Por lo mismo que le quieres, no debes permitir que te oculte ciertas cosas. ¿No dicen que la ocasión la pintan calva? Pues esta es la ocasión de conocer a tu marido. Si me autorizas para ello, hoy mismo le arranco el secreto y el peluquín.

REM.—Ahí viene.

PAQ.—Tranquilízate.

ESCENA IX

Dichas y Joaquín, que entra muy contento con un pliego en la mano.

JOAQ.—¡Señora doña Paquita! ¡Venga un abrazo! Remedios. Estamos de en horabuena. ¿Pero qué es eso? ¿Estás llorando? No quiero verte así. Hoy es día de regocijo. Te habla guardado esta sorpresa. Vamos agregados a la embajada de París. Ahora me han traído la credencial. Creí que el ministro no me la concedería, y por eso estaba preocupado. Esto es lo que te ocultaba.

REM.—¡No es eso lo que tú me ocultas!

PAQ.—Dice bien, no es eso sólo.

JOAQ.—Pues ¿qué es?

PAQ.—Esto. (Mostrándole el biscoñé.)

JOAQ.—¿De quién es ese biscoñé?

REM.—Todavía no confiesa que es suyo.

JOAQ.—¡Mfo!

PAQ.—Sí, señor. De usted. ¿Pues de quién ha de ser?

JOAQ.—Señora. (Ahora comprendo por qué me tiraba del pelo.)

REM.—¿Será capaz de negarlo?

PAQ.—¿Será usted capaz de decir que no?

REM.—Todo se descubre.

PAQ.—Todo se sabe al fin.

REM.—Como si no se le conociera. (Indicando la cabeza.)

PAQ.—Y tanto como se le conoce. (Idem.)

REM.—Y a mí no me importa que lo lleves, sino que no me lo digas.

PAQ.—Tiene razón para incomodarse.

JOAQ.—¿Quieren ustedes dejarme hablar?

REM.—¡Habla, sí, habla!

PAQ.—Confíeselo usted, hombre.

REM.—Acaba de una vez.

PAQ.—Dígalo usted francamente.

REM.—Basta de hipocresía.

PAQ.—¡Quíteselo usted!

JOAQ.—Conque quieren ustedes que diga que soy calvo, ¿no es esto? Pues bien, sí lo soy. Todo esto es una peluca. ¿Están ustedes contentas? Tengo la cabeza como un melón. ¿Quieren ustedes más?

REM.—No; ni quería tanto. (Sorprendida.)

PAQ.—¡Ni tanto, ni tan calvo!

JOAQ.—Gracias a Dios que se han callado ustedes.

ESCENA X

Dichos y el peluquero

PEL.—¿Hay permiso?

JOAQ.—¡Adelante!

PEL.—Ustedes dispensaran que les interrumpa; pero antes, cuando vine a afeitarse a usted, me dejé olvidada una cajita con unos frascos y un biscoñé de un pa-roquiiano.

REM.—¿Eh?

PAQ.—¿Qué dice este hombre?

PEL.—¡Ah! ya lo veo; aquí está. (Viene la caja con los frascos y dirigiéndose a doña Paquita que tiene el bisoñé.)

REM.—¿Con que no era tuyo? (A Joaquín.)

JOAQ.—¡Qué tonta! Claro que no. Tira, mujer, tira y te convencerás.

REM.—No, no hay necesidad. Ya me he convencido. (Dándole un tirón.)

JOAQ.—¡Huy! Ya lo creo que te habrás convencido.

PAQ.—Llévese usted esa porquería. (Dándole el bisoñé al peluquero.)

PEL.—¡Cómo, señora! Califica usted de un modo tan denigrante a la obra más artística que ha salido de mis manos. ¡Este es un bisoñé destinado a cubrir una calvicie irregular, situada en la región occipito-parietal izquierda del cráneo de todo un personaje; de un magistrado del Tribunal Supremo; de don Indalecio Pá-

PAQ.—¡Mi marido! (Cómicamente aterrada.)

REM. } ¿Cómo?

JOAQ. }

PAQ.—Está calvo y yo no lo sabía. Por eso duerme con birrete de cróchet. Traiga usted acá. (Quitándole el bisoñé.)

PEL.—Pero señora...

PAQ.—¡Voy a llevárselo al Tribunal Supremo! (Vase furiosa por el foro.)

PEL.—¡Señora, que es para mí un compromiso! ¡Oiga usted, escuche usted, atiéndame usted! (Vase tras ella.)

ESCENA ÚLTIMA

Joaquín, Remedios

REM.

¡Joaquín!

JOAQ

¡Esposa mía!

REM.

¡Qué tonta he sido!

JOAQ

¿Dudarás todavía

de tu marido?

REM.

¡No! Te lo juro

Ya en adelante puedes

vivir seguro!

De lección me sirvieron

mis imprudencias;

ya he visto lo que engañan

las apariencias,

y arrepentida

tu perdón y el de ustedes (Al público.)

justo es que pida,

FIN

¡¡EUREKA!!

es el mejor calzado

Nicolás María Rivero, 11, Madrid

¡VERANEANTES!

Antes de amueblar vuestras residencias veraniegas visitad el grandioso surtido que tiene en muebles sólidos, ligeros y elegantes el
PALACIO U HOTEL DE VENTAS, ATOCHA, 34

LOS ANIMALES

Hemos lanzado a la publicidad una interesantísima colección infantil única, dónde se describen de manera amena las costumbres de las fieras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se divide en 24 cuadernos bellamente ilustrados en tricolor, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente a saber:

**León. - Tigre. - Rinoceronte. - Bisonte.
Hiena. - Elefante. - Oso. - Ciervo. - Lobo.
Zebra. - Jirafa. - Avestruz. - Mono. - Cocodrilo. - Dromedario. - Caballo. - Canguro. - Hipopotamo. - Foca. - Tortuga. - Serpiente. - Gato montés. - Perro. - Aguila.**

El jueves próximo aparecerá

EL BISONTE

Van publicados

EL LEÓN. - EL MONO. - EL ELEFANTE. - EL TIGRE. - EL AGUILA - EL COCODRILO. - EL DROMEDARIO. - EL AVES-TRUZ. - EL OSO. - EL CIERVO. - EL CANGURO. - EL LOBO LA SERPIENTE

**Precio del cuaderno: 20 céntimos
NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS**

PÍDANSE A CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACIÓN, CALVO ASENSIO, 3. - MADRID

LA NOVELA TEATRAL

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Esta Revista consecuente en su propósito de publicar únicamente las obras de éxito verdaderamente excepcional, ha adquirido autorización para editar, entre otras, las siguientes comedias, joyas del teatro español contemporáneo.

JOSE ZORRILLA

EL ALCALDE RONQUILLO.—EL ZAPATERO Y EL REY.—SANCHÓ GARCIA.—EL PUÑAL. DEL GODO.—LA MEJOR RAZÓN, LA ESPADA

EDUARDO MARQUINA

EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL.—DOÑA MARIA LA BRAVA.—EL RETABLO DE AGRELLANO.—LOS HIJOS DEL CID.—EL REY TROVADOR.

TAMAYO Y BAUS

LINDRAMANUEVO.—LABOLA DENIEVE.—LANCES DE HONOR.—LA LOCURA DE AMOR.—LO POSITIVO

EMILIO MARIO

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LEGANITOS.—LA CICLÓN.—LA PESCA DEL MILLÓN.—PAPA LEBONNARD.—JETTATORE.

R. CARRIÓN Y VITAL AZA

EL SEÑOR GOBERNADOR.—ZARAGÜETA.—ROBO EN DESPOBLADO.—EL PADRÓN MUNICIPAL.—EL OSO MUERTO.